

La función de T. S. Eliot

Edgar Esquivel

“La poesía empieza, diría yo, con un salvaje tocando el tambor en una selva y re- tiene siempre ese elemento esencial de la percusión y el ritmo”. Este genial lance concluye una revisión personal sobre los desprendimientos del quehacer poético, enfáticamente tres siglos de poesía inglesa, que el poeta Thomas Stearns Eliot ofreció en la Universidad de Harvard a propósito de su designio como titular de la cátedra Charles Eliot Norton en el invierno de 1932 y 1933, y brinda además una lección perdurable y provocadora sobre cómo se asimila, vive, contempla, estudia y proyectan determinadas tradiciones poéticas y de crítica que suman diferentes contextos: las peculiaridades del tiempo, el espacio y los sentidos adquieren dimensiones libres y alternas a la luz de la creación y la interpretación en contraposición a la razón o el poder que buscan imposición.

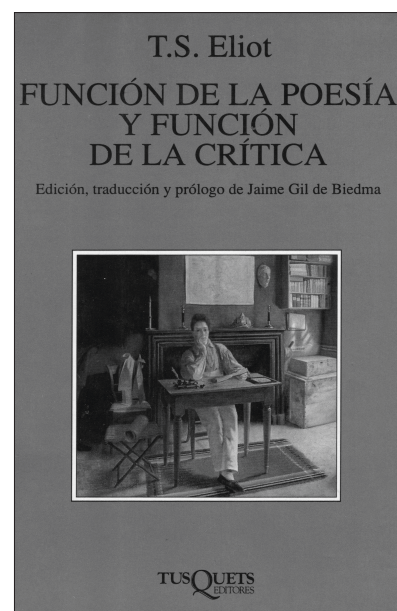
Función de la poesía y función de la crítica, el libro que agrupó esas lecturas que hablan “más de la crítica de poesía que de la poesía misma”, forma parte del ámbito ensayístico en el que Eliot se movió con ágil lucidez hasta alcanzar las zonas profundas de aquellas certezas y pasiones de poetas y críticos consagrados en el mundo anglosajón.

“Un poema no es lo que el poeta se propuso ni lo que el lector concibe, ni su función queda por completo restringida a la que el autor se proponía o a la que realmente cumple cerca de los lectores”. Las apariencias y supuestos se desmenuzan, lo mismo que las tradiciones, y puesto que dentro de toda labor creativa ese acto de desentrañar enigmas adquiere un sentido mayor, T. S. Eliot —poeta y crítico, americano y europeo— sale en defensa de la crítica necesaria y no precisamente por un

acto de conmisericordia: alguien tiene que velar porque de vez en vez se descubran o insinúen los senderos más propicios que nos conduzcan a apreciar mejor la percusión y el ritmo del tambor de ese salvaje que sabe desafiar, imaginar, fantasear, hechizar.

“De tiempo en tiempo es deseable la aparición de un crítico que emprenda una revisión de la literatura del pasado y establezca un nuevo orden de poetas y poemas”. ¿Será que solamente podemos cambiar la realidad de cualquier panorama literario (para no hablar de otros más o menos complejos) a través no de una nueva lectura sino del desconocimiento, o el olvido, de nuestros autores contemporáneos? Si es así, ¿cómo, por dónde o con quién empezar? Tal vez se llegue a descubrir o aceptar que hay un consenso permanente en cada etapa de la historia sobre lo que no marcha bien en literatura: la crisis de cada generación parece acumularse en la siguiente, del mismo modo que los apologistas de lo que puede no perdurar (el tiempo y sus aliados son los que deciden) en el lenguaje poético, o narrativo, crecen sin echar raíz. ¿Debemos conformarnos con reformadores —prestidigitadores— de la mucha literatura en vez de ilusionarnos con la idea de que los revolucionarios aún no se han extinguido? ¿Quién prenderá la luz de la nueva era? ¿Quiénes podrán incendiar la virgen pradera?

“Acaso el estudio de la crítica como un proceso de readaptación, y no como una serie de azarosas conjeturas, nos ayude a extraer alguna conclusión acerca de lo que es permanente en poesía y lo que es la expresión del espíritu de una época, y descubriendo lo que cambia, y cómo cambia y por qué, acaso lleguemos a aprehender lo que no cambia”.



Los momentos en que es necesario, por no hablar de “deber”, renovar nuestras corrientes literarias nunca llegan tarde ni podemos evitarlos —pese al dilatado reconocimiento crítico y popular—, lo que tampoco supone que los nuevos criterios para hacer literatura surjan cual generación espontánea o puedan decretarse o acelerarse al emprender sobre nombres y obras de nuestro pasado no tan lejano los cuestionamientos no previsibles que los erradiquen del lugar común para situarlos bajo perspectivas inéditas. La crítica es ante todo “un proceso de reajuste entre poesía [o narrativa] y el mundo en el cual y para el cual se produce”; sin embargo, es deseable que la crítica no encuentre lo que busca, pues quizá no sabrá qué hacer con ello después. Menos aún la crítica derivada de la “buena conciencia”, del desapego afectivo o de la ausencia de rigor incentivará las nuevas letras. Principio inamovible: “no acepto ninguna teoría erigida sobre meros fundamentos psicológicos individuales”.

Pocos son de la estirpe de T. S. Eliot (1888-1965), corresponsales de lo clásico capaces de cernir en una frase o en un verso, a un tiempo, manifiesta erudición y talento, que aúnan la creación y crítica verdaderas a favor de una tradición que incite emerger al canon literario en ciernes y al próximo que ya se piensa. ¿Por qué entonces no decir adiós, desde ahora, a los que genuinamente no desean trascender? “Se aprende lo que es poesía leyéndola”. **U**